

## JUAN J. LINZ: EL ARTE DE PREGUNTAR

JUAN FRANCISCO FUENTES (1)

Desde que le conocí, en la primavera de 2008, no dejó de asombrarme su infinita modestia y su inmensa sabiduría. Todo empezó durante una estancia mía en la Universidad de Harvard. Dos amigos comunes, Octavio Ruiz-Manjón y José Ramón Montero, me convencieron para que me pusiera en contacto con él y fuera a visitarle. Le escribí un correo muy formal, al que me contestó su mujer, Rocío de Terán, en nombre de Juan y en un plan muy español: en un tono muy afectuoso y con una confianza y una hospitalidad anticipadas. Definitivamente, quería conocerles, y así ocurrió un domingo de abril de aquel año, cuando me presenté en la estación de tren de New Haven y me encontré con Rocío, que amablemente había venido a recogerme. En el trayecto hasta su casa, en Hamden, me puso al corriente de todo y empecé a conocer los pormenores de la vida de Juan, de su difícil infancia, de la excepcional personalidad de su madre, de la Alemania de Weimar, de la España en guerra, de su llegada a Estados Unidos, de su paso de Columbia a Yale... Cuando media hora después llegué a su casa, en Ingram Street, creía que ya le conocía de toda la vida. Y, sin embargo, hubo algo que me chocó profundamente y que siguió sorprendiéndome desde entonces: su curiosidad sin límites, su afán por preguntar, sus ganas de saber cosas, tanto sobre mi trabajo en Harvard como sobre la situación política en España. En esa primera conversación surgió ya el tema, que a él le tocaba muy de cerca, de la transición democrática y de las críticas, que tanto él como yo considerábamos injustas, de ciertos sectores de opinión a la forma en que se consiguió

---

(1) Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid y Visiting Senior Fellow en el IDEAS Centre de la London School of Economics.

pasar en España de la dictadura a la democracia. Fue en ese contexto en el que Juan me planteó la falta que hacía una buena biografía de Adolfo Suárez, el principal artífice de la transición. Tres años después de aquella sugerencia suya, tan inesperada para mí en aquel momento, veía la luz mi libro sobre Suárez, que empezaba con un prólogo en el que rememoraba aquel primer encuentro con Linz (2).

Desde entonces, cada vez que volví a verle me sorprendió, tanto como la primera vez, esa cualidad socrática que Juan tenía como nadie de preguntar continuamente incluso sobre cosas que él conocía mucho mejor que el destinatario de sus preguntas. No cabe duda de que el arte de preguntar —¿no consiste en eso una de sus grandes contribuciones a la demoscopia política?— era una de las principales cualidades de Juan, algo en lo que se aunaban perfectamente su modestia personal, sus técnicas de investigación y sus inquietudes intelectuales y políticas. En sus preguntas se traslucía su preocupación por la situación española y su interés por los debates académicos más actuales, algunos de los cuales, como los relativos a las transiciones democráticas, al totalitarismo o a las llamadas *religiones políticas* —un concepto que no le acababa de convencer—, él mismo contribuyó a lanzar en su momento.

Podría parecer que Juan se encontraba aislado —envidiablemente aislado— en su maravillosa casa de Hamden, en el corazón de Nueva Inglaterra, y que su actitud interrogativa hacia quienes pasaban por allí era una forma de romper su aislamiento del mundo exterior. Nada más lejos de la realidad. Su actividad académica fue incesante hasta el último momento, orientando investigaciones, atendiendo consultas, recibiendo a infinidad de gentes que acudían a él en busca de su asesoramiento y consejo. De ahí que aquella casa fuera un polo de atracción irresistible para todos aquellos colegas y amigos de cualquier parte del mundo que en un momento dado se encontrarán, como en mi caso, a 400 o 500 millas a la redonda. ¿Qué mejor excusa para acercarse a New Haven desde Boston o desde Nueva York que visitar a Juan y a Rocío Linz y disfrutar —y a veces abusar— de su hospitalidad?

Junto al privilegio de conversar con él, para los españoles había además un aliciente añadido, y era la sensación de reencontrarnos con España en el lugar más inesperado, en un entorno y en un clima tan *New England* como el de la casa de los Linz a orillas del lago Whitney. Ellos mismos me contaron en alguna ocasión la estancia en ella, durante unas horas, del expresidente del gobierno español, Adolfo Suárez, invitado por Juan a dar una conferencia en

---

(2) Juan Francisco FUENTES, *Adolfo Suárez. Biografía política* (Barcelona: Editorial Planeta, 2011).

la Universidad de Yale y retenido en New Haven por una tremenda tormenta que estaba descargando sobre Washington, adonde Suárez debía dirigirse a continuación. Como la espera prometía ser larga, se decidió aguardar noticias en casa de Juan, donde inmediatamente se improvisó una merienda a la española, con amena tertulia y jugosas anécdotas facilitadas por un ambiente acogedor y distendido en el que el expresidente español se sintió literalmente como en casa. Esa fue una sensación muy extendida entre los españoles que pasamos por allí: la sensación de estar en España, pero no en cualquier lugar de nuestro país, al que hubiéramos ido a parar por casualidad, sino en un ambiente que nos resultaba especialmente grato y familiar. Algún amigo español que vivió también esa experiencia impagable me confesó que se había sentido transportado a la España de la Institución Libre de Enseñanza, a la que tan unidos estaban los Linz, especialmente Rocío.

De Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza y tío lejano de Rocío, se ha dicho alguna vez que fue «el Sócrates español». De Juan Linz se podría decir lo mismo, porque es difícil practicar con tal maestría el arte de preguntar y hacerlo de forma que el preguntado se fuera de aquella casa siendo menos ignorante que al llegar a ella. Hace años, antes de conocer a Juan, empecé a decirles a mis alumnos que a menudo las preguntas son más importantes que las respuestas, porque sin buenas preguntas nunca tendremos buenas respuestas. A veces, después de decírselo, me quedaba una cierta mala conciencia pensando si no sería una *boutade* con la que pretendía sorprender a sus tiernas mentes. En cuanto conocí a Juan y empecé a disfrutar de su forma de preguntar, de su manera socrática de enseñar a los demás —a mí, por ejemplo—, me convencí definitivamente de que las preguntas son más importantes que las respuestas. Al menos, cuando las preguntas las hacía Juan Linz.